

experto puede reconocerlas entre sus conciudadanas mahometanas de Constantinopla. Por lo general, son blancas y regordetas, y tienen los perfiles y lineamientos aguileños propios del Oriente, ojos grandes y largas pestañas; existiendo muchas de alta estatura y de formas de matrona, que coronadas por un turbante, parecerían bellísimos ídolos orientales; y casi todas ofrecen un conjunto señorial y modesto al mismo tiempo, en el que, si algo falta, es la luz del alma, que brilla en el rostro de la mujer griega.

LOS GRIEGOS.

Tan difícil como es conocer á la simple vista á los armenios, tan fácil es reconocer á los griegos, aunque no se repare en el traje. ¡Tanto se diferencian de los demás súbditos del Imperio, especialmente de los turcos!

Para darse cuenta de esta diversidad, ó mejor dicho, de este contraste, basta mirar alternativamente un turco y un griego que se hallen sentados uno al lado del otro en un café ó en un barco. Y aunque ambos sean guapos, de idéntica edad, igualmente vestidos á la europea, de la misma clase ó profesion, y hasta parecidos de rostro, no es posible equivocarlos.

El turco es inmóvil; todos sus lineamientos reposan en una especie de quietud sin inteligencia, análoga á la tranquilidad del animal harto; y aun cuando el semblante revele una idea en el pensamiento, sobre la cual medita, es una idea inmóvil como su cuerpo. Ni mira á nadie, ni deno-

ta advertir que se le mira; su actitud demuestra una profunda negligencia de todo aquello y de todos aquellos que lo rodean. Su cara expresa algo como de tristeza resignada, propia del esclavo, y algo al mismo tiempo del orgullo frío del déspota; un no sé qué de duro, de cerrado, de inexplorable, que desesperaría al que tuviese que proponerle cualquier cosa, ó persuadirlo á algun asunto, ó sacudirlo para adoptar una resolución.

Tiene, en suma, el aspecto de aquellos hombres con los cuales no se puede vivir, sino obediéndolos ó mandándolos, y con quienes aun viviendo una eternidad, nunca se llega á adquirir familiaridad ni confianza de ninguna especie.

El griego, por el contrario, es de una movilidad constante y absoluta; revela con todo género de pequeños y grandes gestos, guiños y ademanes, cuanto ocurre en el interior de su conciencia. Sacude la cabeza con movimientos de caballo indómito; expresa su fisonomía altanería juvenil y hasta infantil, y pueril á veces. Si lo miran, y lo repara, se arregla el traje con cierta coquetería artística; si no lo reparan, hace por conseguirlo, poniéndose, como si dijéramos, en exhibición. Parece que desea siempre algo, que fantasea, que busca, que proyecta con el pensamiento, y se decide con la voluntad. Respira por todas partes ambicion y disposición permanente para la realización del propósito, é inspira simpatía y atrae

instintivamente, aunque su cara sea de mala persona, y hasta se inclina uno á extenderle la mano, si bien guardando la bolsa.

Basta ver cerca estos dos hombres, para comprender que el uno debe parecer al otro un bárbaro, un orgulloso, un prepotente, un bruto; que éste debe juzgar á su vez del camarada griego un ente ligero, falso, maligno, turbulento; y por consiguiente, han de despreciarse y detestarse mutuamente, con toda la fuerza del alma, sin hallar la manera de estar de acuerdo en la vida.

Idéntica diferencia se observa entre las mujeres griegas y las demás levantinas.

Entre las turcas y las armenias, bellas y atractivas, pero que hablan mejor á los sentidos que al espíritu, se reconocen inmediatamente las griegas, con un sentimiento de grata admiración, por sus elegantes y finos contornos, por sus ojos que iluminan el correcto y puro semblante, y por la inteligencia que se lee en sus miradas, y por los versos que se adivinan en sus labios, como cantos de oda que deben murmurar:—¡Qué bellos cuerpos, qué formas majestuosas y ligeras al par: inspiran el deseo de oprimirlas entre los brazos, más bien para colocarlas sobre un pedestal, que no para conducir las al haren!

Se ven todavía muchas que llevan el cabello suelto vagando por la espalda, á la antigua usanza, ó en trenzas apretadas, ó formando una sola ceñida alrededor de la cabeza á manera de diadema, tan bellas, tan nobles, tan clásicas en sus figuras, que se tomarían por estatuillas de Praxiteles ó de Lisipo, ó por jovencuelas inmortales halladas despues de veinte siglos en cualquier ignoto valle de la Laconia ó en cualquier islote abandonado y olvidado del Egeo.

Son rarísimas, empero, estas bellezas sobrehumanas, estas hermosuras divinas, estas soberanas sublimidades, estas admirables figuras del antiguo, áun entre las griegas; y en la actualidad, apenas si se encuentran ejemplos fuera de las puras y añejas aristocracias del Imperio, en tal cual barrio silencioso y triste de Fanar, donde se refugió el alma de la vieja Bizancio.

Allí se contempla de vez en cuando una de aquellas soberbias mujeres asomada á gran balcon de rica balaustrada ó á la reja de altísima ventana, fijos los ojos en la solitaria calle y en actitud de reina prisionera; y cuando la servidumbre ociosa de los descendientes de los Paleólogos y los Comnenos no se halla delante de la puerta, se puede contemplar detenidamente aquella rara hermosura, creyendo por un momento que se ve por entre los girones de una nube el rostro hechicero de bella diosa del Olimpo.

LOS JUDÍOS.

Tocante á las hebreas, puedo afirmar, despues de haber visitado Marruecos, que las de Constantinopla no tienen punto de comparacion con las de la costa setentrional de Africa; las cuales, segun prolijos observadores, son el prototipo de la belleza purísima de la antigua raza israelita.

Con la esperanza de encontrar esta belleza, me armé de valor y dí vueltas y revueltas por el vasto *gueto* (1) de Balata, que se alarga como inmundia serpiente á orillas del Cuerno de Oro.

Me lancé hasta los más recónditos callejones, en medio de casuchas miserables y atestadas de basura, como los despeñaderos de los fosos dantescos, por encrucijadas que no volveré á atravesar sin zancos y sin las narices tabicadas. Miré por ventanas cubiertas de andrajos nauseabundos, estancias negras y que chorreaban inmundicia;

(1) Barrio de judíos.

me paré ante las puertas de húmedos patios, de los cuales salía un tufo capaz de asfixiar; crucé por grupos de muchachos escrofulosos comidos de la tiña; me codeé con horribles viejos que parecían muertos víctimas de la peste y que habían resucitado para martirio de las edades presentes; separé á mi paso perros plagados de llagas y úlceras repugnantes, y montones de asquerosos trapajos colgados en cuerdas, sin duda para dar la idea que se lavaban ropas en aquel barrio, y montículos y estercoleros de podredumbre, propios para perder el sentido... pero mi valor no fué recompensado.

Entre las muchas mujeres que encontré rebujadas en su calpak nacional, que parece un turbante prolongado y que cubre cabellos y orejas, ví, no obstante, alguna que otra cara, en la cual se reconocía aquella regularidad delicada de líneas y aquel aire suave y triste de resignación, que se considera como el rasgo distintivo de las judías constantinopolitanas. Ví, asimismo, algún vago perfil de Rebecas y Raqueles, de ojos de almendra llenos de dulzura y gracia, y algunas figuras elegantes, de pié, recostadas en el dintel de una puerta en actitudes rafaescas, apoyando una mano diminuta sobre la cabecita ensortijada de un ángel.

Pero en general, no hallé sino señales indelebles de la degradación de la raza. ¡Qué diferencia

entre éstas y aquellas figuras esbeltas de ojos de fuego, tez de magníficos matices, formas opulentas, que había admirado hace algún tiempo en Tánger y en Fez!

Lo mismo ocurre con los hombres: no tienen individualidad, personalidad ni carácter singular y propio. Los más son amarillentos, gruesos, y toda su fuerza vital se ha concentrado en los ojos que lanzan relampagueantes miradas de astucia y de codicia, mirando constantemente á su alrededor, como si por todas partes escuchasen el sonido argentino de la moneda.

Y ahora espero que mis buenos amigos israelitas, que criticando los defectos de su raza y la degeneración actual, achacándola al envilecimiento de los hebreos de Constantinopla, refuercen sus argumentos entonando la misma canción, variando solo el tema que les sirviera de asunto cuando se ocupaban de sus correligionarios marroquíes. Pero piensen que en las mismas condiciones civiles y políticas de los hebreos, se encontraron otros pueblos súbditos de los musulmanes y de la Puerta que no eran turcos, y los cuales no han degenerado hasta el punto á que han llegado los judíos. Y aunque esto no fuese así, difícil sería probar que la vergonzosa inmundicia, lo prema-

turo de los matrimonios precoces, la abstencion de todos los oficios fatigosos ó duros, considerado como causas eficacísimas de aquella decadencia, sean la causa y consecuencia lógica de la falta de libertad y de independencía. Y si por el contrario, me quisieren defender, que no es la opresion política de los turcos, sino las pequeñas persecuciones y el desprecio de todos, los motivos y el origen de tal envilecimiento, pregunten antes á ellos mismos si por ventura no es esto el resultado y efecto necesario de su degradacion, mejor que la razon determinante del desden con que se les mira. O en otros términos, ¿es la causa del desprecio su degradacion, ó es la degradacion el origen de este desden?

¿Debe buscarse en sus costumbres y en su vida la razon de la decadencia?

Y en vez de esconder la llaga, ¿no sería conveniente que ellos mismos la cauterizasen á menudo con el hierro candente?

LOS BAÑOS,

Despues de haber girado por Balata, no está demás ir á tomar un baño turco.

Las casas de baños se reconocen exteriormente: son edificios sin ventanas, de forma de pequeñas mezquitas coronadas por una cúpula y por altas chimeneas cónicas, que humean perpétuamente.

Pero antes de entrar, es preciso pensarlo bien y preguntarse *quid valeant humeri*, porque no todos pueden resistir *las ásperas* experiencias que se hacen con un hombre entre aquellos saludables muros. Confieso que entré con un poco de temor, despues de lo que había oido decir de tales baños, y los lectores verán que era digno de compasion. Solo al recordarlo, se me llena la frente de sudor, que bajará á inundar mis mejillas cuando esté en el lleno de esta descripcion.

Hé aquí, pues, lo que se hizo de mi pobre persona entre aquellas paredes.